

ANDALUCÍA



CONVERSACIONES EN ANDALUCÍA

ABELARDO LINARES

FORJÓ SU LEYENDA CUANDO ADQUIRIÓ UN MILLÓN DE LIBROS QUE SE TRAJÓ EN BARCO DE NUEVA YORK. PERO ES MUCHO MÁS QUE ESO, EDITOR DE EXQUISITECES, ANFITRIÓN DE TERTULIAS, AMIGO DE ESCRITORES A LOS QUE ACONSEJA QUE NO PUBLIQUEN CON ÉL

«Muchas familias, antes de vender los libros del abuelo, se los llevan al campo a acumular polvo»

BERTA GONZÁLEZ DE VEGA

Ha conseguido que unas naves industriales huelan a biblioteca antigua con tal intensidad que, con los ojos cerrados, se podría seguir el rastro del olor por la calle de este polígono de Santiponce, cerrada desde hace años su mítica librería en Mateos Gago. Tiene un ordenador subido en dos libros viejos. Me enseña descubrimientos que ha hecho en spotify. Cuando me pone a un grupo nuevo, advierte que puede sonar un poco flamenco, «aunque me horroriza el flamenco».

Pregunta.—¿Qué se echa de menos de la tienda de Santa Cruz aquí en la suburbia poligonera?

Respuesta.—Las tardes de tertulia y música rock con Vicente Tortajada y otros amigos. No es cierto que cualquier tiempo pasado fuese mejor, pero sí que entonces éramos más jóvenes, que es casi lo mismo.

P.—Después del millón de libros, ¿cómo se sigue manteniendo la curiosidad por hacerse con más. ¿Cómo decide que merece la pena un viaje a una biblioteca?

R.—Por suerte, a la curiosidad no hay que mantenerla sino que se mantiene sola. La curiosidad es un estupendo regalo de la vida y una de las pocas formas de seguir siendo joven cuando ya no se es, en realidad, joven. Las buenas bibliotecas son más bien un milagro. ¿Quién no querría ver un milagro?

P.—¿Cómo empezó a coleccionar?

R.—Recuerdo gastarme la primera paga que me dieron mis padres en comprar los tomos de la vida de Plutarco en Austral. Tendría 12 ó 13 años y los compré en una librería cerca de casa. En casa de mis padres había una buena biblioteca. Me fui dando cuenta de que hay escritores que no están de moda. En Madrid, empiezo a comprar y a venderlos en el Rastro. Los llevaba en un carrito de la compra de una tía mía. A finales del 74, volví a Sevilla y empecé a vender libros en un rincón de la tienda de antigüedades y souvenirs de mis padres.

P.—¿Cómo ha cambiado el perfil de los compradores? El otro día hablabamos de cómo los políticos, antes, solían ser unos tipos cultivados, con gran curiosidad... igual pasaba con abogados como Alfonso Canales, o médicos... ¿ahora?

R.—Alfonso Canales, antes que abogado, era un magnífico poeta. Siempre habrá abogados o médicos (por decir sólo dos profesiones de mucha tradición) que escriban libros o, incluso, que sean cultos; pero, en términos relativos, bastantes menos que en siglo XIX o hace setenta u



JESÚS MORÓN

ochenta años. Quizás leer sea algo que esté dejando, poco a poco, de estar de moda.

P.—No le tiene miedo al libro electrónico como editor...

R.—Para un pequeño editor es cosa complicada encontrar un hueco en los escaparates y estantes de las librerías y los grandes almacenes, pero resulta muy fácil hacerlo en internet. Un libro en internet, gracias a los grandes portales, está siempre en el centro del mundo.

P.—¿Qué piensa cuando lee, si lo ha hecho alguna vez, en foros de internet donde bibliófilos sin un duro se quejan de que nunca les hizo un precio, a pesar de que era evidente, digamos, su pasión por Azorín?

R.—A las pasiones les vienen bien las contrariedades, especialmente si, inverosimilmente, anda Azorín por medio. Si se trataba de Azorín, debe de ser una queja muy antigua, lo que me la hace simpática.

P.—¿Es imposible destacar estando fuera de Madrid y Barcelona?

R.—El primer centro importante del libro en España fue Sevilla, quizás porque desde aquí se enviaban libros a América. La decadencia sólo empezó en el último tercio del siglo XIX, justo cuando empezaron a crearse las primeras grandes editoriales modernas en Madrid y Barcelona. De lo que no se ha hecho en Andalucía los responsables son los

andaluces. De lo que pueda hacerse en el futuro, también. Por eso mismo soy optimista. Es complicado ser editor en Sevilla, pero no se fracasa sólo por eso. Además, con la tecnología de ahora, estamos viendo cómo nacen editoriales hasta en pueblos. Va a cambiar todo.

P.—Suele decir que usted tiene mu-

«Puse una librería igual que un borrachín quisiera poner una taberna»

«El peso de la edición institucional en Andalucía es insoportable»

chos *worst sellers*. ¿Mantiene la esperanza de que un día, por alguna operación prodigiosa de boca a boca, uno se convierta en *best*? ¿O es de los que piensa que un libro que se vende mucho irremediamente ha de pecar de falta de calidad?

R.—No confío demasiado en los 'boca a boca, a no ser que sean de los que se practican cuando falla el co-

razón. He publicado más de mil libros y, aunque de ninguno haya vendido por encima de los cinco mil ejemplares, estoy muy orgulloso de la mayoría. Puede hasta que esté orgulloso de lo poco que se han vendido algunos de ellos a pesar de lo buenos que son. Por otro lado, falta de calidad y ventas masivas no son cosas que estén «irremediamente» unidas pero a menudo andan muy cerca.

P.—Este negocio, ¿qué le ha traído más, placeres solitarios al acariciar una presa codiciada o la compañía de otros cazadores parecidos?

R.—El placer del cazador de libros es siempre doble cuando logra una buena pieza: la pieza y contarla. Los cazadores de libros suelen ser pacientes, generosos y exagerados, como los cazadores de escopeta y los contrabandistas y bandoleros del Romanticismo. Yo me metí a librero igual que un borrachín querría poner una taberna, para quedarme con lo que me interesara.

P.—¿Qué cosas deberían editar las administraciones y qué otras exquisiteces deberían dejarlas a la iniciativa privada? En una época donde cualquier cosa que suene a subvención está denostada, ¿cómo debería ayudar la Junta al sector editorial andaluz?

R.—Hay mil posibles propuestas. Por ejemplo, que no se considere

subvención el que se compren o puedan comprarse libros para las bibliotecas públicas, del mismo modo que no se considera subvención que en las bibliotecas se compren muebles u ordenadores o que se pague la luz. Cuando se hacen ediciones públicas, las instituciones no contabilizan como gastos los almacenes, por ejemplo, y suelen ser ruinosas. El peso de la edición institucional en Andalucía es insoportable. Tampoco entiendo muy bien el criterio en la selección de los libros en los clubes de lectura de Centro Andaluz de las Letras.

P.—Usted mantiene relaciones con gente como Felipe Benítez Reyes, Aquilino Duque, Luis Alberto de Cuenca, Juan Bonilla... o sea, no es nada de pandillas, pero en España, tanto en premios, como en promoción, ¿no se ha pecado de eso, de cuadrillas, de sectarismo?

R.—En España se peca del mismo modo que en la mayoría de los sitios, y probablemente mucho. El espíritu de tribu, o de secta, o de mafia, o de pandilla no es algo específica ni especialmente español; aunque existir, existe. El problema de los premios no está tanto en el amiguismo como en la insoportable ligereza de muchos jurados, su falta de criterio y de valía. Sobre todo, en los más oficiales, todo a base de cuotas.

P.—La gente ya suele saber lo que tiene en una biblioteca heredada, ¿no? ¿O puede pasar que se encuentre con algunas joyas que les han pasado inadvertidas a los herederos?

R.—En España, hay poco amor al libro y, por eso, lo que hay es fetichismo. Muchas familias, antes de vender los libros del abuelo, se los llevan al campo a que acumulen polvo y humedad. En otros países, los libros circulan más. Y ese temor reverencial al libro es por falta de lectura. De todas formas, la inmensa mayoría de la gente que tiene libros no sabe lo que valen. Piden mucho. Prefiero tratar con alguien que entienda que con los que no. Y con los que medio entienden es muy difícil. Yo tengo mucha seguridad con los precios. Los libros no se hacen caros porque sean raros, sino al revés. Si sube de valor, hay demanda y desaparece. *Juego de cartas*, de Max Aub, fue una edición de saldo de Finisterre y ahora está a más de mil euros.

P.—¿Cómo recuerda el año de Nueva York, en la librería de Eliseo Torres?

R.—Los vecinos decían que él era un fantasma los fines de semana, paseándose entre los pasillos de libros y acabé haciendo lo mismo, me iba los fines de semana y leí mucho. Fue un año solitario y maravilloso.